

La muchacha estaba en lo alto de una colina. Miraba al horizonte mientras el sol se ponía a lo lejos. Era muy joven, casi una niña, pero en su rostro cobrizo y en sus manos ásperas se adivinaba ya la dureza de la vida en las cuevas.

—Al fin te encuentro, Sofía.

La voz grave la sobresaltó. Vino de su espalda, tan de repente como si la vieja chamana se hubiera aparecido de la nada.

—Ah, hola —dijo Sofía.

—Tu madre me dijo que estarías aquí —la anciana subió con esfuerzo el último tramo del sendero y llegó a la altura de la chica. Era muy alta, mucho más que cualquier otro habitante de las cuevas, y seguía siéndolo a pesar de que los años le encorvaban la espalda. A Sofía le recordaba un tronco de árbol nudoso y arrugado.

—Me gusta venir aquí después del trabajo —dijo Sofía, y encogió los hombros.

—Ya veo —dijo la anciana. Miró en derredor y fijó los ojos en la zona oscura que se adivinaba lejos, bajo el sol escarlata—. Desde aquí hay una buena vista de las tierras sombrías, ¿verdad?

Los ojos de Sofía se abrieron mucho. Nadie hablaba nunca abiertamente de las tierras sombrías. Un temor reverencial parecía acometer a todos los habitantes de las cuevas con solo mencionarlas.

—Sí —dijo Sofía con entusiasmo—. Tú las conoces, ¿no es verdad, chamana? Quiero decir, todo el mundo dice que tú, bueno, que eres lo bastante mayor como para haber vivido antes de que... antes de que... —Sofía no encontraba las palabras.

La anciana sonrió. No siempre lo hacía. A menudo era muy severa.

—Viví allá antes de que las sombras se lo tragan todo, y por eso sé que no debes ir. También sé que eres joven y curiosa, Sofía. Supongo que te parecería excitante aventurarte hasta allí, pero debes prometerme que no irás. Nunca. Y que no permitirás que nadie lo haga.

—Pero, chamana, mira —Sofía extrajo una caja de madera del bolsillo de su túnica de lana sin desbatar—. La encontré hace tres lunas, junto al sendero de piedra negra, ya

sabes, ese sendero que viene directamente de las tierras sombrías. ¿No es hermosa?

Le tendió su tesoro a la anciana con una sonrisa anhelante. La mujer tomó la caja entre las manos. Estaba bellamente labrada con filigranas doradas y era suave y pulida al tacto.

—Y eso no es todo —añadió Sofía—. Ábrela.

La anciana abrió la caja y una melodía dulce y pausada surgió de su interior como por ensalmo. Cuando volvió a cerrar la tapa la chamana tenía los ojos húmedos y tuvo que tragar saliva antes de hablar.

—No te dejes engañar, Sofía —dijo en un tono mucho más duro—. Esto solo es una baratija.

—Pero, chamana, tengo muchas otras cosas en mi cueva. Cosas que he encontrado cerca del sendero de piedra negra. Cosas ingeniosas y útiles, justo el tipo de cosas que nos facilitarían mucho la vida aquí en las cuevas. Creo que la gente que vivía en las tierras sombrías tuvo que abandonarlas con mucha prisa y por eso perdieron tantas cosas por el camino. Alguien capaz de crear esas cosas no puede ser tan...

—¡No sabes de lo que hablas! —la cortó la anciana—. El brillo de esos artilugios te nubla el entendimiento, pero yo sé lo que significan. Todo el mal del mundo anida ahí dentro, Sofía. Vuelve a las cuevas. Allí todos cuidamos de todos y cada cual trabaja en lo que mejor sabe hacer. Somos una comunidad. Pero en la ciudad...

—¿La ciudad? ¿Así se llama aquel lugar?

La anciana asintió, cerrando los ojos.

—Allí todo era distinto. Teníamos muchas cosas, sí. Pero todo giraba a nuestro alrededor muy deprisa, como en un huracán. La gente se temía y se odiaba. Temíamos y odiábamos a los desconocidos, a los diferentes, a los otros. Al final el temor y el odio fueron tan abundantes que no hubo sitio para nada más. Los dioses nos castigaron y las sombras se lo tragaron todo. Desde entonces esas tierras están malditas, y Ellos te castigarán si vas allí y los desobedeces, ¿me has entendido?

—Pero...

—¿Me has entendido?

Sofía bajó la vista.

—Sí, chamana.

—Ahora —dijo la anciana, en tono más suave— acompáñame a las cuevas. Vamos, tu madre estará preocupada.

Sofía echó un último vistazo furtivo al horizonte. El sol se había puesto y la oscuridad caía sobre la llanura, pero aún así pudo adivinar las siluetas de las construcciones recortándose contra el cielo. Juraría que la niebla se había disipado por completo. Era la primera vez desde que subía a la colina que podía distinguir las formas con tanta nitidez.

La ciudad. Ese nombre le traía resonancias de recuerdos imposibles y lugares fantásticos.

Qué criaturas tan avanzadas tuvieron que ser los que crearon aquellas estructuras, pensaba Sofía mientras bajaban hacia las cuevas. ¿Serían viviendas o alguna otra cosa completamente distinta e inimaginable? ¿Seguirían viviendo allí o habrían desaparecido hace tiempo? ¿Cuántas maravillas existirían dentro de las tierras sombrías?

La gente se temía y se odiaba, había dicho la chamana. ¿Pero cómo pudieron levantar toda la ciudad sin colaborar unos con otros, igual que hacían aquí, en las cuevas? No podía ser todo tan malo como la anciana le había dicho. Tenía que haber algo más.

La ciudad. Solo era una palabra, pero Sofía se sentía atraída hacia ella como un insecto hacia la luz. Algún día iré allá, pensaba. Tengo que averiguar quienes fueron, cómo vivían, qué cosas conocían y qué cosas desconocían, si es que desconocían alguna. Tengo que saber si siguen viviendo allí. Tengo que saber. Los dioses no pueden castigarme solo por querer saber.

Su madre la esperaba a la entrada de la cueva. La chamana se detuvo y las dos mujeres intercambiaron unas palabras mientras Sofía pasaba al interior. Supuso que hablaban de ella y del peligro que suponían sus ensoñaciones. Miró alrededor, a la cueva oscura, gélida. El olor a sudor y a humedad le golpeó la cara. La vieja y grandiosa ciudad de las tierras sombrías la llamó con una fuerza aún más irresistible. Fue en ese preciso instante cuando comenzó a planear el regreso de su pueblo. Sin saberlo, acababa de germinar en su interior, aún inocente y generosa, la promesa de una segunda oportunidad para una raza maldita.